

Y concluye diciendo: *Obremos con verdad y caridad, y así creceremos en todo bien por Cristo, que es nuestra cabeza*¹.

Así es, hermanos muy amados, cómo el hombre revestido de la gracia de Cristo, ó sea, de la inocencia y santidad primordial, debe ir creciendo en ella, debe transformarse gradualmente en otro hombre cada vez más perfecto, hasta llegar, si posible fuese, á la medida de perfección que le señala el mismo Cristo, el Santo de los santos. Éste, y no otro, es su modelo, y á este fin quiso Jesús que se consignase en su Evangelio que él también crecía y se perfeccionaba *en sabiduría y gracia, á proporción que en edad, delante de Dios y de los hombres*². ¡Misterio impenetrable, ciertamente, el del crecimiento del Niño Dios en gracia, siendo incapaz de aumento la que recibió desde el primer instante de la Encarnación!³ Pero, á no dudarlo, había en Él manifestaciones cada vez más sensibles de aquella sabiduría y gracia que llevaba encerrada y oculta en un principio, con el fin de ajustarse en un todo á las leyes de la humanidad que había asumido.

7. Esta progresiva transformación, cuya necesidad acabamos de ver, es aquella serie de ascensiones de que habló David describiendo la carrera gloriosa del justo: *Ascensiones in corde suo disposuit*⁴. Los justos marcharán de virtud en virtud⁵, ó, según la frase de San Pablo, de claridad en claridad, hasta llegar á la cumbre de Sion, donde verán al Dios de los dioses. Siendo, pues,

¹ Eph. 4, 15.

² Luc. 2, 52.

³ Vide Bougaud, Le Christianisme t. III (5ª ed.), p. 413. Item Manning l. c. p. 198.

⁴ Ps. 83, 6.

⁵ Ibid. vers. 7.

ascensiones del corazón y del espíritu, ¿de qué otra manera pueden efectuarse sino por el reflejo de la gloria del Corazón de Jesús, por la irradiación de sus virtudes, por la semejanza con Él: *Gloriam Domini speculantes... in eandem imaginem transformamur?* De aquí que la vida cristiana no sea otra cosa que un continuo trabajo de transformación en Cristo, un estudiar perennemente en el modelo de su Corazón. La fe, la esperanza y la caridad, esas virtudes infundidas en el alma por el Espíritu Santo, juntamente con la primera gracia de la adopción divina, son también grados de perfección adquiridos por el conocimiento y el amor del sagrado Corazón de Jesús. Contemplándolo de hito en hito se aviva de un modo maravilloso nuestra fe, se dilata y afirma nuestra esperanza, inflámase y toma vuelo nuestra caridad. Escuchando de continuo las lecciones de este amable Corazón en el secreto de la oración mental, y viendo allí con los ojos del alma sus ejemplos, ¿cómo no han de crecer á cada instante la luz de la fe, la dulce confianza apoyada en la ternura de su amor, el amor mismo encendido en la inmensa hoguera de su caridad? No hay escuela de virtudes comparable á la de ese divino Maestro, que tan amables y fáciles las hace todas con el atractivo de su palabra y ejemplo. ¿Quién será tan torpe ó tan rebelde discípulo, que no aprenda á orar oyendo á Jesús, que, juntándole las manos sobre el pecho, le dice: *Así debéis orar: Padre nuestro que estás en los cielos*¹. ¿Quién no querrá ser manso y humilde de corazón escuchando al buen Maestro que le dice expresamente: *Discite a me, quia mitis sum et humilis corde*²? Mirad, oyentes míos, cómo se

¹ Matth. 6, 9.

² Ibid. 11, 29.

formaron los sagrados Apóstoles y los discípulos y las piadosas mujeres que iban en seguimiento de Jesús: todos ellos contemplaban por dondequiera, durante aquellos tres años que anduvieron en su dulce compañía, la gloria del Señor, así en los milagros que señalaban todos sus pasos, como en la santidad que resplandecía en todas sus acciones; y, contemplando así iluminada la faz del Salvador y sintiendo la virtud maravillosa de su influjo, no tardaron en transformarse de espíritus groseros é imperfectos en nobles y generosos corazones. En Juan, el amado discípulo, pudo verse de un modo más notable esta acción del atractivo de Jesús, precisamente porque, hallándose dotado de virginal inocencia, no manchada jamás con culpa grave, hubo de ser más idóneo para crecer, al lado de tan divino Maestro, en toda suerte de virtudes hasta sacar en sí una viva copia y retrato acabado del Corazón del Salvador. También vosotros, fervorosos amantes del Corazón de Jesús, podréis experimentar, y experimentaréis sin duda, el efecto de esta devoción, sintiendo operarse dentro de vosotros, aunque sea de un modo lento y casi imperceptible, como acontece en el desarrollo y crecimiento de las plantas, esa admirable transformación que acabará por haceros verdaderos trasuntos del divino modelo, copias fieles de su adorable Corazón. Así entraréis con paso firme en la práctica de los deberes de la vida cristiana, la cual, con el ejercicio de todas las virtudes, abraza el cumplimiento perfecto de toda obligación moral en cualquier estado, edad ó condición en que al hombre toque hallarse.

8. Y esto debe entenderse dicho especialmente respecto de vosotros que tenéis la dicha de practicar la devoción al sagrado Corazón de Jesús, bajo la forma

tan celebrada en el mundo católico, de el Apostolado de la Oración. Porque, como ya tantas veces habéis oído y meditado, ninguna otra tan eficaz en orden á la pronta y completa santificación de las almas. Así lo deja ver su índole verdaderamente apostólica, no menos que el instrumento y carácter de su Apostolado, la Oración. ¿Qué ejercicio más derechamente encaminado á santificar el espíritu que éste, tan recomendado por todos los santos y doctores ascéticos, de la oración mental y vocal? Pues, ¿cuál no será su eficacia si esta oración va unida con la del mismo Corazón de Aquel que en el sagrario y aún en el cielo no hace más que orar sin intermisión, á fuer de verdadero y perfecto adorador del Padre celestial? Verdad tan conocida y evidente, amados fieles, no exige de mi parte más amplia exposición; y así, paso á ponerlos á la vista el cuadro de la tercera y última transformación, que es la del justo en santo y perfecto por la norma del Corazón de Jesús.

III.

9. Á un trabajo incesante, á una obra esencialmente progresiva, como la de esa transformación sobrenatural que se opera en el alma del justo por la acción del Espíritu Santo, natural es que corresponda por término adecuado la perfección de la imagen de Cristo nuestro Señor, reproducida en el alma, con toda la claridad y gloria que es capaz de reflejar una pobre criatura en esta morada de viadores: *Irán de virtud en virtud subiendo hasta el punto donde se vea, como en Sion, al Dios de los dioses*¹. Transformaránse en la imagen del Señor contemplando su gloria á cara descubierta. Cierta-

¹ Ps. 83, 7.

mente, hermanos carísimos, la semejanza y conformidad perfecta se reserva para la patria de la bienaventuranza, donde se verá claramente la faz gloriosa del Señor, y se verá en su propia luz¹; eso no obstante, es tal la alteza y sublimidad de la santidad cristiana, que, aun en esta vida de fe y de esperanzas, que no de goce y posesión, se refleja con pasmosa exactitud, á la luz de la contemplación, la faz divina en el alma del santo, bañándola de no sé qué tinte y colorido sobrehumano y celestial. Tal es el sobrenatural fenómeno que todo el mundo ha podido admirar durante la serie de los siglos cristianos, en la frente de los Pablos y Franciscos, Ignacios y Vicentes de Paúl, Teresas y Margaritas, y millares más de hombres, mujeres y niños, en cuyos limpios y brillantes ojos centellean los rayos del Corazón de Jesucristo. ¡Oh falange lucidísima, gloria de la Iglesia católica, admiración de las edades y confusión del mundo! ¡Bendita mil veces la mano del Señor, no abreviada ni acortada en nuestros días, que nos permite ver con nuestros mismos ojos la gloria de la santidad resplandeciente en la Iglesia de Cristo, siempre y esencialmente santa! Sí, cristianos, hay santos en el siglo XIX, y los habrá en todos los siglos, mientras nos alumbre el Sol de verdad y santidad infinita, Cristo Jesús: y nosotros, también nosotros miserables hombrecillos, llenos de ceguera y de pasiones, débiles y apocados, somos llamados á la santidad, en mayor ó menor grado, pues á todos se dirige aquella intimación: *Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial*².

Cierto que son pocos, muy pocos, los que tienen valor suficiente para arremeter por la estrecha senda que

¹ Ps. 35, 10.² Matth. 5, 48.

conduce al Calvario, y de allí al cielo; mas, esos pocos bastan para demostrarnos el poder santificador del Corazón de Jesús. Porque ¿en qué consiste la santidad sino en copiar al vivo aquella pureza ajena de toda mancha, perfectísima y de todo punto inmaculada¹ del Corazón del Hombre-Dios? Pureza de pensamientos, de afectos y sentidos, pureza de intención y de acción que excluye toda afición que menos ordenada sea: ved ahí la santidad genuina y verdadera, la que no puede encontrarse donde no mora el mismo Dios como dueño y señor de toda el alma, poseyéndola enteramente y transformándola en sí por, la plenitud de sus gracias. Ya lo dijo el Profeta: *¿Quién subirá al monte del Señor? El inocente en el obrar y puro de corazón... Ésta es la generación que busca al Señor, que mira á la faz del Dios de Jacob*². Mirar siempre esta faz, andar de continuo en su presencia, es tanto como amar á Dios con todas las fuerzas del alma, con toda la vehemencia del corazón; y en Dios y por Él solamente amar á sus semejantes, en quienes resplandece la imagen de la Divinidad, es no amarse á sí mismo, sino para glorificar á su Criador y Señor y para procurarle todo el amor de las criaturas, si posible le fuese, aun á costa del aniquilamiento del propio ser.

10. Y ¿á qué viene á reducirse todo esto, hermanos míos, sino á la perfecta conformidad del corazón humano con el divino Corazón de Jesús? Esto es, efectivamente, arder en las mismas llamas, abrazarse con la misma cruz, poder decir como el Apóstol: *Ya no soy yo el que vivo, sino Cristo vive en mí*³. Carácter dis-

¹ San Dionisio, apud *Avancini*.² Ps. 23, 6.³ Gal. 2, 20.

tintivo de la santidad cristiana, como nadie ignora, es el amor apasionado de los desprecios, del dolor y de la muerte, de todo aquello que simboliza la cruz de Cristo; y esta extraña pasión, tan contraria á la natural inclinación del hombre, ¿de dónde nace sino del amor al mismo Cristo que, por amor á nosotros, se abrazó con la cruz y tuvo en nada el dolor y las afrentas¹? Por eso, quien de veras ama á Cristo, ama de todo corazón la cruz de los trabajos, de las humillaciones, afrentas y dolores, diciendo con San Pablo: *Christo confixus sum cruci*²; y se goza, como si estuviese acostado en un lecho de rosas, de estar crucificado con Jesús, por agradar al Padre, que se complace y regala en el sacrificio de su Hijo muy amado. ¡Ah! si llegásemos alguna vez, hermanos míos, á transformarnos de esta manera en la imagen del Corazón de Jesús, ¡cómo quedaríamos por el mismo hecho deificados, disfrutando de unas delicias inefables, superiores á todo terrenal contento, y sólo inferiores á los goces del cielo! ¡Oh! ¡si, cooperando por nuestra parte con docilidad perfecta, nos dejásemos modelar por la mano del Espíritu santificador, de Aquel que reposó en el trono del sagrado Corazón colmándolo de la plenitud de sus dones! Ese divino artífice de toda santidad, transformándonos por el conocimiento y el amor del Corazón de Jesús en copias vivas del mismo Salvador, nos colmaría también con la abundancia de sus dones y carismas. Aprendamos, oyentes míos, á medir todo el alcance de la devoción que al Corazón de Jesús profesamos; y, no contentos con tributarle el día de hoy fervientes homenajes al consagrarnos solemnemente á su culto, aspire-

¹ Hebr. 12, 2.² Gal. 2, 19.

mos á glorificarle, reproduciendo en nuestros propios corazones su bendita imagen para honra y gloria del Criador. Así sea.

DISCURSO RELIGIOSO PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(predicado en la capilla del Colegio del Rosario, Bogotá).

El Rosario y la Ciencia.

Ego Sapientia habito in consilio, et eruditus intersum cogitationibus.

Yo, como que soy la Sabiduría, presido en el consejo y dirijo los dictámenes discretos.

Prov. 8, 12.

I. Á respetuosa distancia del altar del Altísimo Dios, á quien desde la alborada hasta el crepúsculo de la tarde se eleva el incienso de la adoración, veo erigidos aquí dos altares, en donde esta noble y lucida juventud, esperanza de Colombia, tributa ardoroso culto de corazón y de espíritu á la virtud y la ciencia. La primera dicho se está que la personifica la Virgen María; la segunda, es la que empuña el cetro y ciñe la corona de reina de todos los ramos del saber humano: es la ciencia de vuestra predilección, la filosofía. Almas juveniles, henchidas de nobles ambiciones, dotadas de poderosa iniciativa para todo lo grande, bueno y verdadero, desdeñando los halagos de la vanidad y el placer, consagran en este inmortal emporio de las Letras patrias, bajo la guía de expertos conductores, el tiempo más hermoso y fecundo de la vida á la adquisición de sólidas doctrinas filosóficas y literarias, con cuyo caudal aspiran á labrarse un porvenir de verdadera y no menguada felicidad en el tiempo y más allá del tiempo. Corazones no emponzoñados aún por el hábito del vicio,